

contingente así reunido, siguiendo el ejemplo de un grupo anteriormente formado y enviado a cavar trincheras en el frente de Arjánguelsk, primero fue propuesto para ser enviado a Vólogda, pero durante el trayecto recibieron la orden de desandar el camino y, vía Moscú, se les destinó al Frente Oriental.

Pritúliev tenía a su mujer en Luga, donde él había estado trabajando en los años anteriores a la guerra hasta que consiguió el empleo en San Petersburgo. La mujer, al enterarse de la desgracia acaecida a su marido, se precipitó a buscarlo a Vólogda para liberarlo del ejército del trabajo. Pero el contingente había seguido una ruta que no se cruzó con la de ella en su búsqueda. Sus esfuerzos resultaron en vano. Todo se enmarañó.

En San Petersburgo Pritúliev convivía con su amante, Pelagueya Nílovna Tiagunova. Cuando lo detuvieron en el cruce de Nevski Prospekt justo acababa de despedirse de ella en la esquina y se disponía a tomar otra dirección para ocuparse de unos asuntos, y en medio de los transeúntes que desfilaban por la Litéinaya alcanzó a ver a lo lejos la espalda de ella, que no tardó en desaparecer.

La tal Tiagunova, una pequeñoburguesa corpulenta y de buena presencia, con hermosas manos y una gruesa trenza que, con profundos suspiros, hacía saltar sobre el pecho y de un hombro al otro, había seguido voluntariamente a Pritúliev en el convoy.

Uno no acertaba a comprender qué le habían visto a un hombre como Pritúliev aquellas mujeres que no se le despedaban. Además de Tiagunova, en otro vagón de mercancías más cercano a la locomotora viajaba otra conocida de Pritúliev, que no se sabía cómo había ido a parar al tren, una muchacha delgada y blancuzca, de nombre Ogrizkova, la «nariguda» o la «jeringa» como, junto con otros apodosos ofensivos, la llamaba injuriosamente Tiagunova.

Las rivales se llevaban a matar y evitaban toparse cara a cara. Ogrizkova nunca se dejaba ver en el vagón de mercancías. Era un enigma dónde se las apañaba para encontrarse con el objeto de su adoración. Tal vez se contentara

con verlo a lo lejos durante los turnos conjuntos de carga de leña y carbón, obligatorios para todos los pasajeros.

II

La historia de Vasia era muy distinta. Su padre murió en la guerra. La madre lo mandó del pueblo a Píter,¹ a casa de un tío, para que aprendiera un oficio.

En invierno, el tío, propietario de una ferretería en Apraksin Dvor, fue convocado en el soviet para aclarar unas cuestiones. Se equivocó de puerta y, en lugar de entrar en la habitación que se indicaba en la notificación, se metió en otra, la contigua. Casualmente se trataba de la sala de recepción de la comisión para el trabajo obligatorio. Allí se agolpaba una muchedumbre. Cuando el número de convocados en aquella sección fue suficientemente grande, los soldados del Ejército Rojo rodearon a los congregados y se los llevaron a pasar la noche en el cuartel Semiónov. A la mañana siguiente, los condujeron a la estación para embarcarlos en el tren de Vólogda.

La noticia del arresto de un número tan cuantioso de gente se propagó por la ciudad. Al día siguiente, una multitud de familiares se precipitó hacia la estación para despedirse de ellos. Entre el grupo, también figuraban Vasia y su tía acompañando a su marido.

En la estación el tío suplicó al centinela que le permitiera salir un momento al otro lado de la reja, junto a su mujer. El centinela era Voroniuk, el mismo que ahora escoltaba al grupo del vagón número catorce. Sin una garantía segura de que el hombre volvería al tren, Voroniuk no lo habría consentido. Como garante, marido y mujer propusieron dejar al sobrino en custodia. Vasia fue conducido a la zona vallada y dejaron salir al tío. El matrimonio no regresó.

1. Apelativo popular para referirse a San Petersburgo.

Cuando se descubrió el engaño, Vasia, que no sospechaba el ardid, se echó a llorar. Se lanzó a los pies de Voroniuk y le besó las manos, implorándole que lo liberase, pero no sirvió de nada. El soldado fue inflexible, pero no porque tuviese un carácter cruel. Corrían tiempos turbulentos, las órdenes eran severas. El escolta respondía con su vida del número de personas a él confiado y establecido por las listas. De este modo Vasia fue a parar al ejército del trabajo.

El cooperativista Kostoyed-Amurski, que había gozado del respeto de todos los carceleros en tiempos del gobierno del zar como ahora del actual y que siempre se llevaba a partir un piñón con ellos, llamó la atención más de una vez al jefe de escolta sobre la intolerable situación de Vasia. Aquél reconocía que, a todas luces, se trataba de un malentendido indignante, pero sostenía que impedimentos formales no le permitían deshacer el entuerto durante el trayecto y confiaba en poder hacerlo en el lugar de destino.

Vasia era un bello muchacho, de rasgos regulares, tal como los pintores retrataban a los escuderos del zar y a los ángeles del cielo. Era extraordinariamente puro y cándido. Su diversión preferida era sentarse a los pies de los mayores y, sujetas las rodillas con los brazos entrelazados, escuchar lo que decían o contaban. Por el juego de sus músculos faciales con los que contenía las lágrimas prontas a brotar o bien reprimía la risa que lo ahogaba, se habría podido reconstruir el contenido de las historias. El tema de las conversaciones se reflejaba en el rostro de aquel impresionable muchacho como en un espejo.

El cooperativista Kostoyed estaba sentado en la tarima superior junto a los Zhivago. Chupaba ruidosamente la pata de liebre que le habían ofrecido. Temía las corrientes de aire y los resfriados.

—¡Cómo sopla el viento! ¿De dónde viene? —preguntaba, sin dejar de cambiarse de sitio, buscando un rincón más protegido. Al final encontró un lugar libre de corrientes y dijo—: Aquí se está bien.

Terminó de roer la pata, se chupó los dedos, los limpió con el pañuelo y, después de haber dado las gracias a sus anfitriones, observó:

—Entra por la ventanilla. Es necesario taparla. En fin, volvamos a nuestro tema de conversación. Está en un error, doctor. La liebre asada es algo magnífico. Pero deducir de eso que en el campo se vive en la prosperidad es cuando menos atrevido, un salto muy temerario.

—Ah, déjelo —objetó Yuri Andréyevich—. Mire estas estaciones. Los árboles no se han talado. Las vallas están intactas. ¡Y esos mercados! ¡Esas mujeres! Imagínese qué satisfacción. Hay vida. Alguien es feliz. No todos se están lamentando. Esto lo justifica todo.

—Si fuera así, estaría bien. Pero es falso. ¿De dónde saca estas ideas? Aléjese cien verstas de la línea del ferrocarril. Por todas partes hay revueltas campesinas, sin pausa. Contra quién, preguntará usted. Contra los blancos y contra los rojos, dependiendo de quién ostente el poder. Usted dirá: «Entonces el campesino es enemigo de todo orden, ni él mismo sabe lo que quiere». Perdone, espere a cantar victoria. Lo sabe mejor que usted, pero quiere algo completamente diferente a lo que nosotros ambicionamos.

»Cuando la revolución lo despertó, creyó que se cumpliría su sueño secular de una vida autónoma, de existencia anárquica en las granjas con el trabajo de sus propias manos, sin depender de otros ni tener obligaciones para con nadie. Pero de las garras del antiguo régimen cayó bajo el yugo aún más opresivo del superestado revolucionario. Por eso el campo se agita y no encuentra la paz en ninguna parte. Y usted dice que el campesinado vive en la prosperidad. Usted, amigo mío, no sabe nada y, por lo que veo, tampoco quiere saberlo.

—Está bien, es verdad, no quiero saberlo. Absolutamente cierto. ¡Váyase a...! ¿Por qué tengo que saberlo todo y

angustiarne por todo? El tiempo no me tiene en consideración y me impone todo cuanto quiere. Permítame ignorar los hechos. Usted afirma que mis palabras no se corresponden con la realidad. Pero ¿existe en este momento una realidad en Rusia? A mi modo de ver, la han asustado tanto que se ha escondido. Quiero creer que el campo ha ganado y prosperado. Si esto es un error, ¿qué tengo que hacer? ¿Para qué vivir? ¿A quién escuchar? Pero tengo que vivir, soy un hombre con familia.

Yuri Andréyevich hizo un gesto desconsolado con la mano y, tras dejar que Aleksandr Aleksándrovich continuase hasta el final la discusión con Kostoyed, se arrimó al borde de la tarima, inclinó la cabeza y se puso a mirar lo que pasaba abajo.

Pritúliev, Voroniuk, Tiagunova y Vasia charlaban. Al acercarse a su tierra natal, Pritúliev recordaba las diversas maneras de dirigirse a ella, hasta qué estación llegaba el tren, dónde había que apearse y cómo proseguir el viaje, a pie o a caballo, y Vasia, al oír hablar de lugares y pueblos que conocía, daba saltos, se le iluminaban los ojos y, extasiado, repetía sus nombres porque su enumeración le sonaba como un cuento de hadas.

—¿Baja en Sujói Brod? —preguntaba, con voz entrecortada—. ¡Vaya! ¡Es nuestra parada! ¡Nuestra estación! Y luego seguro que va hacia Búiskoye, ¿verdad?

—Sí, después tomamos el camino a Búiskoye.

—Es lo que yo digo, Búiskoye. El pueblo de Búiskoye. ¿Que si lo conozco? Allí es donde se da la vuelta. Desde allí, para ir a casa, se toma a la derecha, siempre a la derecha. ¡Hacia Veretiénniki! Usted, en cambio, tío Jaritónovich, me parece que tiene que girar a la izquierda, alejándose del río. ¿Ha oído hablar del río Pelga? ¡Claro que sí! Es nuestro río. Y para ir a nuestra casa, se va siguiendo la orilla. Y un poco más arriba del mismo río, el río Pelga, está Veretiénniki, nuestro pueblo. ¡En el mismo barranco! ¡La cuesta es empinadísima! La llamamos *zalávok*.¹ Si te

1. Designación local de una orilla escarpada.

acercas al borde, da miedo mirar hacia abajo de lo alto que es. Como si fueras a despeñarte. Por Dios que es cierto. Pican piedra, se hacen muelas. Y en Veretiénniki está mi madrecita. Y dos hermanas pequeñas: Alionka y Arishka. Mi madre, la tía Palasha, Pelagueya Nílovna, que es así como usted, joven y muy rubia. ¡Tío Voroniuk! ¡Tío Voroniuk! Por el amor de Dios, se lo suplico... ¡Tío Voroniuk!

—¿Qué pasa? ¿Por qué repites como una cotorra: «tío Voroniuk», «tío Voroniuk»? Ya sé que soy tío y no tía. ¿Qué quieres de mí, qué tripa se te ha roto? ¿Que te deje escapar? ¿Eso es lo que quieres? Si tú te largas, en menudo lío me metes, me llevan al paredón.

Pelagueya Tiagunova tenía la mirada perdida en algún punto lejano y callaba. Acariciaba la cabeza de Vasia y, con aire pensativo, jugueteaba con su pelo castaño claro. De vez en cuando, inclinando la cabeza, con los ojos y con sonrisas hacía señas al muchacho para que no hiciese el tonto y no hablara con Voroniuk de esas cosas delante de todos. Deja obrar al destino, parecían decir, todo se arreglará por sí solo, quédate tranquilo.

Cuando, dejando atrás la Rusia central, se alejaron hacia oriente, se presentaron los imprevistos. Atravesaban regiones inquietas donde bandas armadas imponían su ley o en las cuales las revueltas habían sido sofocadas en fecha reciente.

Se multiplicaron las paradas del tren en medio del campo, las inspecciones de los vagones por parte de los destacamentos de control, el registro de equipajes y la comprobación de los documentos de los pasajeros.

Una noche el tren se detuvo. Nadie asomó la cabeza por los vagones, no hicieron levantar a nadie. Interesado

en saber si había ocurrido una desgracia, Yuri Andréyevich bajó de un salto del vagón de mercancías.

Era noche cerrada. Sin motivo aparente el tren se había detenido en un punto cualquiera de la línea, rodeado de abetos. Otros pasajeros que se habían apeado antes que él y golpeaban los pies contra el suelo para entrar en calor le comunicaron que, según sus informaciones, no había sucedido nada. Por lo visto, el maquinista había parado el tren con el pretexto de que la zona en cuestión era peligrosa y hasta que una vagoneta no comprobara el estado de las vías se negaba a continuar adelante. Se rumoreaba que algunos representantes de los pasajeros habían ido a suplicarle, dispuestos, en caso necesario, a sobornarlo. Se oía decir también que los marinos iban a tomar cartas en el asunto. Éstos le harían entrar en razón.

Mientras daban estas explicaciones a Zhivago, la superficie nevada que se extendía ante la vía férrea, cerca de la locomotora, estaba iluminada intermitentemente, como por el reflejo jadeante de una hoguera, por las llamaradas de fuego que lanzaban la chimenea y el horno de la locomotora. De repente, una de esas lenguas de fuego iluminó vivamente un trozo del campo nevado, la locomotora y varias figuras negras que corrían a lo largo de la línea.

A la cabeza se vislumbró alguien que, con toda probabilidad, era el maquinista. Después de haber llegado corriendo hasta el final de la pasarela dio un salto hacia arriba y, tras haber atravesado volando los topes del ferrocarril, desapareció de la vista. Los mismos movimientos ejecutaron los marinos que lo perseguían. Corrieron hasta el extremo de la reja, saltaron, centellearon un momento en el aire y se esfumaron, como tragados por la tierra.

Atraído por la escena, Yuri Andréyevich y otros curiosos se dirigieron hacia la locomotora.

En el espacio libre de la vía que se abría ante el tren se desarrollaba el siguiente espectáculo: en lo alto del terraplén se debatía el maquinista, hundido hasta la cintura en la nieve virgen. Como hacen los ojeadores con su presa,

así lo acosaron los marinos, cercándole en semicírculo, también ellos con la nieve hasta la cintura.

El maquinista gritaba:

—¡Gracias, albatros!¹ ¡Vivir para ver! ¡Amenazar con pistolas a un hermano, a un trabajador! Porque he dicho que el tren no podía seguir adelante. Camaradas pasajeros, sois testigos de lo que está pasando, mirad en qué lugar nos encontramos. Por aquí anda gente de toda clase y sueltan los tornillos de los raíles. Por vuestra madre y la mitad de vuestra abuela, ¿a mí qué me importa todo eso? Qué más me da si me alcanza un chorro de vapor hirviendo en las costillas, no lo hago por mí, sino por vosotros... Y así me pagáis por mis desvelos. ¡Adelante, disparad, compañía de minadores! Camaradas pasajeros, vosotros sois testigos, estoy aquí y no me escondo.

Del grupo que estaba en el terraplén de la vía se oyeron voces diversas. Algunos exclamaban, estupefactos:

—¿Qué tienes...? Vuelve en ti... Pero qué haces... ¿Quién se mete contigo? Lo han hecho sólo para asustarte...

Otros lo incitaban, gritándole:

—¡Así se hace, maquinista! ¡No te dejes vencer, tracción a vapor!

El marino que logró liberarse en primer lugar de la nieve, y que resultó ser un gigante pelirrojo con una cabeza tan grande que la cara parecía aplastada, se volvió tranquilamente hacia la multitud y, con una voz queda de bajo, empleando expresiones ucranianas como Voroniuk, pronunció algunas palabras que, por ser dichas con absoluta parsimonia, sonaron ridículas en aquella insólita situación nocturna:

—Disculpádmeme, pero ¿os creéis que estamos en el Terminiador? No os vayáis a resfriar con este viento, compadres ciudadanos. ¡Protegeos del frío, volved a los vagones!

Cuando la muchedumbre que había empezado a dispersarse se dirigió lentamente hacia los vagones de mer-

1. La imagen del albatros se asocia a la revolución por el poema en prosa de Gorki, *La canción del albatros*.

cancias, el marino pelirrojo se acercó al maquinista, que aún no había vuelto del todo en sí, y dijo:

—Basta ya de histerismos, camarada maquinista. Sal de ese agujero y andando.

14

Al día siguiente, a marcha lenta y con continuas reducciones de velocidad por temor a que se produjera un descarrilamiento y porque la tempestad de nieve impedía una buena visibilidad, el tren se detuvo en un lugar abandonado, sin señales de vida, en el que tardaron en reconocer los restos de una estación destruida por un incendio. Sobre la fachada ennegrecida se podía distinguir el letrero «Nizhni Kelmés».

No sólo el edificio de la estación conservaba las huellas del incendio. A sus espaldas se vislumbraba un pueblo abandonado y cubierto de nieve que, a todas luces, había compartido su triste destino.

La casa más próxima a la estación estaba carbonizada, en una esquina de la construcción adyacente varias vigas se habían doblado en ángulo recto, con los extremos hacia el interior; por todas partes, en las calles, se veían trozos de trineos, empalizadas derribadas, hierros retorcidos, fragmentos de utensilios domésticos. La nieve, mezclada con el hollín y las cenizas, negreaba como tierra yerma y quemada, y estaba inundada de charcos de agua sucia donde los tizones habían quedado aprisionados por el hielo, rastros del incendio y de los intentos por extinguirlo.

El pueblo y la estación no estaban completamente desiertos. Aquí y allí aparecía alguna alma viva.

—¿Quemaron todo el pueblo? —preguntó, compasivo, el jefe del tren, que bajó de un salto al andén cuando de detrás de las ruinas salió a su encuentro el responsable de la estación.

—Buenos días. Sed bienvenidos. Arder ardió todo, pero todavía hay algo peor que el incendio.

—No le entiendo.

—Mejor no ir al fondo del asunto.

—¿Es posible que se trate de Strélnikov?

—En persona.

—¿Qué habíais hecho?

—Nosotros, nada. Fueron los vecinos. Pero el camino pasa por aquí. Y nos tocó a nosotros. ¿Ve aquel pueblo allí al fondo? Ahí están los culpables. El pueblo de Nizhni Kelmés está en el distrito de Ust-Nemda. Todo ha sido por culpa de ellos.

—¿Qué hicieron?

—Como mínimo, los siete pecados capitales. Quitaron de en medio al Comité de campesinos pobres,¹ y la cosa no quedó ahí: se opusieron al decreto que obliga a abastecer de caballos al Ejército Rojo y, ténganlo en cuenta, son todos tártaros, criadores de caballos. Ésa es otra. Y no acabaron la orden de movilización. ¡Ya van tres! Ya ve...

—Sí, sí. Ahora se entiende. ¿Y por eso les mandaron la artillería?

—Exacto.

—¿Desde un tren blindado?

—Por supuesto.

—Es triste. Digno de pena. Por lo demás, no es asunto nuestro.

—Y además ya es agua pasada. Pero las nuevas noticias no le gustarán. Tendrán que detenerse aquí uno o dos días.

—Déjese de bromas. Lo que transporte no es cualquier cosa, son tropas de refuerzo para el frente. Estoy acostumbrado a viajar sin hacer paradas.

1. Comités de campesinos pobres (*Komiteti bednotí, kombedi*): organizados en la Rusia europea por decreto del SNK (*SovNarKom*) o Consejo de Comisarios del Pueblo, el 11 de junio de 1918, en muchas regiones se convirtieron en auténticos órganos de poder. Distribuían las tierras y aperos expropiados, requisaban el grano de los kulaks y se encargaban del llamamiento a filas. Disueltos entre diciembre de 1918 y enero de 1919.

—¿De qué bromas habla? La nieve se ha amontonado, compruébelo usted mismo. Durante una semana se ha desencadenado una tormenta a lo largo del recorrido de la vía. Está bloqueada. Y no hay nadie que vaya a quitarla con palas. La mitad del pueblo se ha largado. Hago trabajar a los que quedan, pero no bastan.

—¡Que el diablo te lleve! ¡Estoy acabado, acabado! ¿Y ahora qué hacemos?

—Limpiaremos la vía de una u otra manera, luego proseguiréis viaje.

—¿Está muy obstruida?

—No, no se puede decir que lo esté mucho. A tramos. La tormenta cayó de través y cogió la línea oblicuamente. El trecho más difícil es el central. Tres kilómetros de depresión. Allí tendremos que deslomarnos de lo lindo. Está cubierto de nieve a base de bien. Pero más adelante es coser y cantar, comienza la taiga, el bosque ha servido de protección. Y tampoco hay de qué preocuparse antes de la depresión, es campo abierto. El viento lo ha barrido todo.

—¡Maldita sea! ¡Qué pesadilla! Haré bajar a todo el mundo del tren para que echen una mano.

—Eso mismo había pensado yo.

—Pero no toque a los marinos y a los guardias rojos. Hay un convoy entero de movilizados para el ejército del trabajo. Sumados a los pasajeros libres, hacen un total de unas setecientas personas.

—Son más que suficientes. En cuanto traigan las palas, los ponemos a trabajar. Faltan palas. Hemos mandado por ellas a los pueblos vecinos. Las conseguiremos.

—¡Qué mala suerte, por Dios! ¿Cree que saldremos del apuro?

—¿Cómo no? Dicen que con mucha gente se toma una ciudad. Y aquí nos las vemos con una vía férrea. Una arteria. ¡Faltaría más!

La limpieza de las vías se prolongó durante tres días. Todos los Zhivago, incluida Niusha, participaron activamente en los trabajos. Fue el mejor momento del viaje.

El lugar tenía algo de arcano, de reservado. Se respiraba una atmósfera a lo Pugachov, tal como la interpretó Pushkin,¹ o algo parecido al Asia de las descripciones de Aksákov.²

El carácter misterioso de aquel rincón perdido se acrecentaba por las ruinas y la reserva de los pocos habitantes que habían permanecido allí, quienes, atemorizados, evitaban a los pasajeros del tren y ni siquiera hablaban entre sí por temor a las delaciones.

En el trabajo los viajeros se organizaban por categorías, no iban todos juntos. Los guardias se ocuparon de acordar la zona de trabajo.

Brigadas repartidas en diferentes puntos limpiaban la línea férrea por todos los lados al mismo tiempo. Entre los tramos despejados se levantaban montañas de nieve intacta que separaban a los grupos vecinos uno de otro. Esas montañas sólo se retiraron en el último instante para dejar libre por completo toda la extensión necesaria.

Eran luminosos días de un frío intenso. Los viajeros los pasaban al aire libre y regresaban a los vagones sólo para dormir. Trabajaban en turnos breves, sin llegar a cansarse, pues las palas eran pocas y muchos los brazos. El trabajo, nada fatigoso, únicamente procuraba placer.

El lugar donde los Zhivago quitaban la nieve era abierto, pintoresco. En aquel punto, el terreno primero descendía hacia el este de la vía para después resurgir con un movimiento ondulante en los confines del horizonte.

En la colina se erguía una casa solitaria, visible desde

1. En la novela *La hija del capitán* (1836).

2. Se alude a *Crónicas de una familia rusa*, cuya acción transcurre en las estepas baskirias.

todas partes. Estaba rodeada por un jardín que en verano debía de ser frondoso, pero que ahora no protegía el edificio con sus ralos arabescos de ramas cubiertas de escarcha.

La capa de nieve lo igualaba y redondeaba todo. Pero, a juzgar por las importantes irregularidades del declive que la nieve era incapaz de disimular del todo, era probable que, en primavera, en el viaducto bajo el terraplén de la línea férrea, discurriera rápidamente, a lo largo del barranco sinuoso, un arroyo, en ese momento oculto bajo la nieve alta, como un niño que se escondiese bajo una montaña de edredones y se tapara la cabeza.

¿Vivía alguien en aquella casa o estaba vacía y se arruinaba, requisada por el Comité agrario del distrito o de la región? ¿Dónde estaban sus antiguos habitantes y qué había sido de ellos? ¿Se habían escondido o se habían refugiado en el extranjero? ¿Habían muerto a manos de los campesinos? ¿O bien, habiendo dejado un buen recuerdo, encontraron trabajo en el distrito como especialistas cualificados? ¿Los había perdonado Strélnikov, si es que se quedaron allí hasta el último momento, o bien fueron respresaliados junto con los kulaks?

La casa, en lo alto de la colina, en su triste silencio, suscitaba la curiosidad. Pero entonces nadie hacía preguntas y nadie hubiese respondido. Y el sol encendía la superficie nevada con un resplandor tan blanco que del albor de la nieve uno habría podido quedarse ciego. ¡Qué trozos regulares de nieve sacaba la pala a la superficie! ¡Y qué chispas secas, diamantinas, se esparcían en cada corte! Cómo le recordaba todo aquello a los lejanos días de la infancia, cuando el pequeño Yura, con la capucha clara, adornada de galones, y una pequeña zamarra con corchetes cosidos fuertemente entre los anillitos negros de la rizada piel de cordero, construía en el patio, con una nieve tan cegadora como aquélla, pirámides y cubos, tartas de crema, fortalezas y ciudades subterráneas. Ah, qué hermoso era entonces vivir, qué delicia era todo para los ojos y los sentidos.

Pero también aquellos tres días de vida al aire libre les proporcionaron una sensación de saciedad. Y no sin motivo. Por la noche a los paleadores se los obsequiaba con pan blanco recién salido del horno que llegaba quién sabe de dónde ni por orden de quién. El pan estaba cubierto de una costra como esmaltada que lo volvía sabroso y se resquebrajaba por los lados, cocido a la perfección y con trocitos de carbón en la parte inferior.

Se habían encariñado con las ruinas de la estación, como en invierno se puede tomar afecto a un refugio provisional durante una excursión por las montañas cubiertas de nieve. La disposición de los locales, el aspecto de la construcción y las particularidades de la desolación se les quedaron grabados en la memoria.

Volvían a la estación por la tarde, cuando el sol se ponía. Como por fidelidad al pasado, éste continuaba poniéndose por el mismo sitio que en otro tiempo: detrás del viejo abedul que crecía justo al lado de la ventana del despacho del telegrafista.

En aquel punto la pared exterior se había derrumbado hacia el interior y había invadido la estancia. Pero el hundimiento no había afectado al ángulo posterior del local, frente a la ventana intacta. Allí todo continuaba en su sitio: el empapelado de color café, la estufa de azulejos con el redondo tubo de tiro bajo la tapa de cobre sujeta a una cadena y, colgado en la pared, en un marco negro, el inventario del material.

Al descender hasta el nivel de horizonte, el sol poniente, exactamente igual que antes de la desgracia, alcanzaba los azulejos de la estufa, encendía con un calor marrón el empapelado café y colgaba en la pared, como un chal de mujer, la sombra del abedul.

En el otro lado del edificio, sobre la puerta tapiada que daba a la sala de espera, se leía el siguiente escrito, redactado probablemente al principio de la Revolución de Febrero o pocos días antes:

«Se ruega a los señores enfermos que no se preocupen temporalmente por las medicinas ni el material para las curas. Por causas evidentes precinto la puerta, de lo cual doy conocimiento. El enfermero jefe de Ust-Nemda.»

Cuando retiraron la última nieve que había quedado amontonada entre los lugares ya despejados, la mirada quedó libre para extenderse a lo lejos y ante ella apareció, liberada ya, la vía férrea, que huía a lo lejos como una flecha. A los lados se alineaban los blancos montones de nieve retirada, enmarcados en toda su longitud por las dos paredes negras del bosque de coníferas.

Hasta donde alcanzaba la vista, en diversos puntos de la línea, había grupitos de personas con palas en la mano. Por primera vez se veían los unos a los otros y se sorprendieron de ser tantos.

Se supo que el tren partiría al cabo de algunas horas, a pesar de que ya era tarde y la noche estaba próxima. Antes de la partida, Yuri Andréyevich y Antonina Aleksándrovna fueron por última vez a admirar la belleza de la línea despejada. En el terraplén ahora ya no había nadie. El doctor y su mujer permanecieron allí inmóviles, mirando a lo lejos, intercambiaron dos o tres observaciones y dieron media vuelta para regresar al vagón de mercancías.

Durante el trayecto oyeron gritos enfurecidos y a voz en cuello de dos mujeres que estaban discutiendo. Reconocieron inmediatamente las voces de Ogrizkova y Tiagunova. Las dos iban en la misma dirección que el doctor y su mujer, de la cabeza hacia la cola del tren, pero por el lado

que daba a la estación, mientras que Yuri Andréyevich y Antonina Aleksándrovna avanzaban por el lado del bosque. Entre las dos parejas se extendía una ininterrumpida pared de vagones, escondiendo a una de otra. Las mujeres casi nunca estaban a la misma altura que el doctor y Antonina Aleksándrovna, sino que les tomaban bastante delantera o bien se quedaban muy rezagadas.

Las dos eran presa de una viva agitación. Las fuerzas las traicionaban a cada instante. Acaso al caminar por la nieve se hundían en ella o bien les flaqueaban las piernas, a juzgar por sus voces que, debido a la irregularidad de sus andares, ahora se alzaban hasta parecer gritos, ahora descendían al nivel de un susurro. Por lo visto era Tiagunova la que perseguía a Ogrizkova y, cuando la alcanzaba, posiblemente recurriera a los puños. Lanzaba a su rival tales improperios que en la voz melodiosa de una mujer tan fina y señorita sonaban cien veces más groseros que las insolentes y vulgares blasfemias de un hombre.

—¡Ah, tú, ramera, ah, tú, pelandusca! —gritaba Tiagunova—. No se puede dar un paso que allí está ella, barriendo el suelo con la falda y mirando como una loba. No te bastaba mi hombre, perra, has tenido que echarle el ojo a un pobre chiquillo. Despliegas tu plumaje como un pavo real queriendo corromper a un menor.

—Y tú, vamos a ver, ¿acaso eres la mujer legítima de Vasia?

—¿Legítima? Ya te enseñaré yo, furcia, apestosa. ¡No saldrás viva de ésta, no me obligues a cometer un disparate!

—¡Eh, cuidado! ¡Quita las manos, loca! ¿Qué quieres de mí?

—¡Así revientes, piojosa maldita, gata tiñosa, ojos desvergonzados!

—Claro que sí, no vale la pena hablar de ello. Naturalmente, yo soy una perra y una gata, todo el mundo lo sabe. Mientras que tú, entre nosotros, eres una señora titulada. Nacida en un arroyo, casada bajo una puerta cochera, preñada por una rata y madre de un erizo... ¡Socorro, socorro, buena gente! Ay, me quiere golpear hasta

matarme, este mal bicho. ¡Ay, salvad a una pobre muchacha, defended a una huérfana!

—Caminemos más rápido. No puedo oírlas, es de lo más repugnante —dijo Antonina Aleksándrovna, alejándose apresuradamente con su marido—. Esto tiene visos de que acabará mal.

18

De repente todo cambió, los lugares y el clima. La llanura acabó y la vía se adentró entre montañas, colinas y alturas. Cesó el viento del norte, que había soplado en los últimos tiempos. Desde el sur llegó un soplo tibio, como de una estufa.

Allí los bosques se escalonaban en las pendientes de las montañas. Cuando la vía los atravesaba, el tren primero tenía que salvar una cuesta empinada que en la mitad cedía el paso a una bajada suave. Trepaba jadeante por entre la espesura y se arrastraba a duras penas por ella, como un viejo guardabosque que guiase a pie a una multitud de viajeros, quienes miraban a todos lados y todo lo observaban.

Pero no había mucho que mirar. En la profundidad del bosque había sueño y quietud, como en invierno. Sólo de vez en cuando algunos arbustos y árboles, con un leve susurro, liberaban sus ramas más bajas de la nieve que poco a poco se había ido acumulando en ellas, como si soltasen un collar o se desabrocharan el cuello de la camisa.

Yuri Andréyevich cayó en un estado de somnolencia. Permaneció todos aquellos días tumbado en su litera, dormía, se despertaba, se sumía en sus pensamientos o se ponía a escuchar. Pero no había mucho que escuchar.

Mientras Yuri Andréyevich se saciaba de sueño, la primavera fundía y derretía toda la masa de nieve caída sobre Moscú el día de la partida y que había continuado cayendo durante el viaje; toda aquella nieve, que durante tres días habían cavado y excavado en Ust-Nemda y que, en inmensas y espesas capas, cubría espacios de millares de versts.

En un primer momento la nieve se deshela por dentro, en silencio y en secreto. Cuando la mitad de ese trabajo hercúleo se hubo llevado a cabo, se hizo imposible seguir ocultándolo por más tiempo. El milagro salió al exterior. Debajo del manto de nieve movedizo, el agua comenzó a correr y cantar. Los rincones impenetrables del bosque se estremecieron. Todo, en ellos, se despertó.

El agua tenía donde discurrir a sus anchas. Caía por las pendientes, formaba estanques, se derramaba a lo ancho. Pronto la espesura se colmó de su rumor, de su humo y vapor. Por el bosque los arroyos se arrastraban como serpientes, se empantanaban y se hundían en la nieve que sujetaba su movimiento, corrían con un silbido por los sitios planos y, precipitándose hacia abajo, se esparcían en un polvo de agua. La tierra ya no podía absorber más humedad. Desde alturas vertiginosas, casi desde las nubes, la absorbían con sus raíces los abetos seculares, a cuyos pies se amontonaba una espuma de color blancuzco, como la espuma de la cerveza en los labios de quien la bebe.

La primavera embriagaba el cielo que, mareado, se cubría de nubes. Sobre el bosque flotaban nubes bajas de fieltro con los extremos flácidos, de donde se precipitaban por turnos tibios aguaceros que olían a tierra y sudor y barrían el suelo de los últimos restos de la negra coraza de hielo.

Yuri Andréyevich se despertó, se arrimó a la pequeña ventanilla cuadrada, de la cual habían quitado el marco, se apoyó sobre un codo y se puso a escuchar.

Conforme se aproximaban a la zona minera, los lugares se volvieron más poblados, la distancia entre las estaciones más corta y las paradas más frecuentes. Los viajeros comenzaron a cambiar más a menudo. Mucha gente subía y se apeaba en las pequeñas estaciones intermedias. Los que efectuaban trayectos de corta distancia no se instalaban por mucho tiempo y renunciaban a buscar un sitio donde dormir, se acomodaban por la noche en cualquier lado junto a la puerta en medio del vagón, conversaban entre sí a media voz sobre asuntos locales que sólo ellos entendían y se apeaban en la estación o parada siguiente.

Por lo que contaba la gente del lugar que se había ido sucediendo en el vagón de mercancías durante las tres últimas jornadas, Yuri Andréyevich llegó a la conclusión de que en el norte los blancos llevaban ventaja y habían tomado o estaban a punto de tomar Yuriatin. Además, si el oído no lo había engañado y no se trataba de una mera coincidencia de apellidos, las fuerzas blancas de aquella zona estaban comandadas por Galiulin, que había sido su compañero en el hospital de Meliuzéyev.

Sin embargo, no dijo a su familia ni una sola palabra de estos rumores para no preocuparlos inútilmente hasta que no se hubiesen confirmado.

Al inicio de la noche, Yuri Andréyevich se despertó embargado por un confuso sentimiento de felicidad, intenso hasta el punto de interrumpir su sueño. El tren se había detenido para realizar una parada nocturna. La vítrea oscuridad de la noche blanca envolvía la estación. Esas tinieblas luminosas estaban impregnadas de algo frágil y poderoso. Era la prueba de la amplitud y de la inmensidad del lugar.

Indicaba que la estación se encontraba en un punto elevado con un horizonte abierto y libre.

Por la plataforma, hablando en voz baja, pasaban junto al vagón sombras que caminaban sin hacer ruido. Aquello también conmovió a Yuri Andréyevich. En la cautela de los pasos y de las voces vio un respeto por la hora nocturna y la preocupación por aquellos que dormían en el tren, como podía suceder en los viejos tiempos, antes de la guerra.

El doctor se equivocaba. En la plataforma alborotaban y hacían retumbar las botas como en todas partes. Pero en los alrededores había una cascada que alargaba los confines de la noche blanca con un soplo de libertad y frescura. En el sueño había inspirado en el doctor aquel sentimiento de felicidad. El fragor constante de la avalancha de agua que nunca se interrumpía reinaba sobre todos los otros sonidos de la estación y les confería aquella engañosa apariencia de silencio.

Sin advertir su presencia, pero como hipnotizado por la misteriosa elasticidad de la atmósfera del lugar, el doctor volvió a dormirse profundamente.

Debajo de él, en el vagón, dos hombres conversaban. Uno preguntaba al otro:

—Bien, ¿les habéis retorcido la cola? ¿Se han calmado los ánimos?

—¿De quiénes hablas? ¿De los comerciantes?

—Sí, de los tenderos de maíz.

—Sentaron la cabeza. Ahora la cosa va como la seda. A algunos se les castigó, para dar ejemplo, y los otros se amansaron como corderitos. Se cobró una contribución.

—¿Aportó mucho el cantón?

—Cuarenta mil.

—¡Mientes!

—¿Por qué iba a mentirte?

—¡Caray, cuarenta mil son cuarenta mil!

—Cuarenta mil puds.¹

—Bien, ¡que el diablo os lleve! Tipos listos.

1. El pud es una antigua medida rusa de peso, equivalente a 16,3 kg. Hablan de las requisiciones impuestas por los bolcheviques.

—Cuarenta mil puds de la molienda más fina.

—En el fondo no hay nada de qué maravillarse. Ésta es una zona de primer orden. Es la principal en el comercio de harina. Desde aquí hasta Yuriatin, siguiendo el curso del río Rinva, pueblo tras pueblo, todos son embarcaderos y almacenes de grano. Los hermanos Sherstobítov, Perekátchikov e hijos, grandes mayoristas a cual mejor.

—No grites tanto, despertarás a la gente.

—De acuerdo.

Al hombre que estaba hablando se le escapó un bostezó. El otro propuso:

—¿Y si echamos un sueñecito? Parece que vamos a partir.

En aquel momento, a sus espaldas, aumentando impetuosamente, se oyó un ruido ensordecedor que ahogó el estruendo de la cascada y, por la segunda vía de la estación, dejando atrás al convoy inmóvil, pasó a todo vapor un expreso antiguo, lanzó un silbido, se alejó con su fragor y, tras hacer centellear sus luces por última vez, desapareció a lo lejos.

Abajo la conversación se reanudó:

—Bueno, se acabó. Nos quedaremos aquí parados.

—De aquí a que nos movamos, ahora...

—Debe de ser Strélnikov. Un tren blindado especial.

—Sí, debe de ser él.

—Con los contrarrevolucionarios es una fiera.

—Va contra Galiéyev.

—¿Contra quién?

—El atamán Galiéyev. Dicen que ha sitiado Yuriatin junto con los checos.¹ Se ha apoderado de los embarcaderos y allí se mantiene. El atamán Galiéyev.

1. La legión checoslovaca en Rusia, integrada por inmigrantes checoslovacos y desertores del ejército austrohúngaro, formaron parte del ejército imperial ruso al estallar la Primera Guerra Mundial. Tras la toma del poder por parte de los bolcheviques, mediante la firma del tratado de Brest-Litovsk, Rusia se comprometió a evacuar el ejército checoslovaco vía Vladivostok. Pero a mitad de camino surgieron tensiones con el gobierno bolchevique y la legión checoslovaca hizo causa común con la Guardia Blanca de Kolchak.

—Nunca había oído hablar de él.

—O quizá sea el príncipe Galiéyev. No lo sé muy bien.

—No hay príncipes de ese tipo. Seguro que se trata de Alí Kurbán. Estás confundido.

—Puede ser Kurbán.

—Eso es otra cosa.

Al despuntar el alba, Yuri Andréyevich se despertó otra vez. De nuevo había soñado algo agradable. El sentimiento de felicidad y de liberación que lo había colmado no cesaba. El tren volvía a estar parado, acaso en otro apeadero, o quizá continuara en la misma estación. Otra vez susurraba una cascada, probablemente la misma de antes, pero también podía ser otra.

Yuri Andréyevich se adormeció enseguida y, en medio de la somnolencia, le pareció oír un gran alboroto y gente que corría. Kostoyed la había emprendido con el jefe del tren y los dos gritaban. Fuera las cosas habían mejorado con respecto a antes. Flotaba el perfume de algo nuevo que antes no estaba presente. Algo mágico, primaveral, blanco y negro, raro, incorpóreo, como una brusca tempestad de nieve en pleno mes de mayo, cuando los copos húmedos, casi derretidos, al caer a tierra, no la blanquean, sino que la vuelven todavía más negra. Algo diáfano, blanquinegro, aromático. «¡Cerezos silvestres!», intuyó Yuri Andréyevich en sueños.